

## ***(Re)Pensando el pasado. Un acercamiento postestructuralista a los sujetos de la Protohistoria***

**Manuel Sánchez-Elipe Lorente**

**Becario FPU, Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid**

manuel.sanchezelipe@gmail.com

### **RESUMEN**

En este trabajo se plantea la necesidad de valorar las categorías a través de las cuales imaginamos a los sujetos de la Prehistoria reciente con el fin de no imponer aquéllas que nos definen a nosotros mismos. Si esto sucediera obtendríamos una imagen de la Prehistoria y sus habitantes necesariamente distorsionada. Para evitarlo, consideramos interesante adoptar ciertas ideas provenientes del postestructuralismo y de la Arqueología Simétrica

### **Palabras clave:**

identidad, sujeto, postestructuralismo, Arqueología Simétrica.

### **ABSTRACT**

Prehistory in order not to impose those that define ourselves. If that happened we would get an image of Prehistory and its people necessarily distorted. To avoid this, it would be interesting to take certain ideas from post-structuralism and Symmetrical Archaeology.

### **Keywords:**

identity, subject, post-structuralism, Symmetrical Archaeology.

### **RESUM**

En aquest treball es planteja la necessitat de valorar les categories a través de les quals imaginem als subjectes de la prehistòria recent amb la finalitat de no imposar aquelles que ens defineixen a nosaltres mateixos. Si això succeís, obtindriem una imatge de la prehistòria i els seus habitants necessàriament distorsionada. Per evitar-ho, considerem interessant adoptar certes idees procedents del postestructuralisme i de l'Arqueologia Simètrica.

### **Paraules Clau:**

identitat, subjecte, postestructuralisme, Arqueologia Simètrica.

### **INTRODUCCIÓN**

Desde los años ochenta del siglo XX hemos asistido al nacimiento de un sinnúmero de

‘arqueologías’ gestadas en la escuela anglosajona al calor del movimiento postprocesual, y que sin duda han venido a enriquecer el pa-

---

Rebut: 1 septembre 2010; Acceptat: 1 decembre 2010

norama existente en la investigación del pasado, si bien, su contribución al saber arqueológico ha sido desigual y muy diferentemente valorado por parte de las corrientes teóricas positivistas, quienes desde entonces y hasta ahora, las han acusado principalmente de subjetivistas (Domínguez-Rodrigo, 2008: 196). La inicial renovación teórica que había supuesto unas décadas antes la Nueva Arqueología Americana (Caldwell, 1959; Binford, 1962), con su énfasis en la necesidad de dotar a la disciplina arqueológica de un contenido más científico, parecía no ser suficiente para un grupo de arqueólogos que comenzaron a hacer énfasis en otros aspectos de la cultura que ellos consideraron de mayor interés para el desarrollo de sus estudios; así, toda una serie de nuevas ideas provenientes principalmente de la sociología y de la antropología fueron impregnando el discurso arqueológico, poniendo de relieve circunstancias tales como el carácter simbólico de la cultura material (Hodder, 1982), la relevancia científica y política de estudiar las relaciones de género y desvelar sus mecanismos de funcionamiento (Conkey y Spector, 1984), el carácter heteronormativo de toda visión del pasado (Dowson, 2000) o el sesgo colonial del discurso arqueológico (y de casi cualquier discurso científico) (Said, 2003 [1978]; Stoler, 1989; van Dommelen, 1997; Gosden, 2001), entre muchas otras. Tal variedad de aproximaciones quedaron acogidas en su mayoría bajo ese calificativo generalizador y muchas veces poco agradecido de ‘postprocesualismo’ o ‘arqueología postprocesual’.

Aunque no estamos de acuerdo con muchos de los excesos que se cometen desde posiciones postprocesuales, sí creemos que esta corriente puso en circulación toda una serie de ideas y preguntas originales que, en ocasiones, resultaron enormemente iluminadoras y que ofrecieron herramientas interesantes para pensar el pasado y para pensar nuestra propia

posición como investigadores de “ese” pasado. Veamos cuáles son algunas de ellas y las soluciones que proponemos para evitar los problemas que, a nuestro juicio, conllevan.

### **LA CULTURA MATERIAL COMO ELEMENTO ACTIVO**

La primera idea fundamental, y desde la que se derivarán las dos siguientes, es que la arqueología postprocesual dejó de considerar la cultura material como un reflejo pasivo de las actividades que un grupo humano sostuvo en el pasado y comenzó a pensarse como un elemento activo de la cultura por servir de soporte de un simbolismo que era necesario interpretar (Hodder, 2003: 73). El nacimiento de la etnoarqueología tuvo mucho que ver en esta cuestión, pues aquellos arqueólogos que tuvieron la oportunidad de trabajar cerca de sociedades preindustriales o directamente con ellas cayeron en la cuenta de las potencialidades que un estudio arqueológico de la cultura material de sociedades vivas (una antropología enfocada a los objetos) podía tener para la comprensión de los mecanismos de funcionamiento de esas culturas. Paradigmáticos son ya esos primeros estudios de Patty Jo Watson en Irán (1979) o de Ian Hodder en Kenya (1982).

El hecho de considerar la cultura material como significativa quiere decir, evidentemente, que está cargada de significados, esto es, que la arqueología tiene un carácter semiológico: la cultura material de las sociedades del pasado es para nosotros un conjunto de signos sobre el que se atribuyó y al que atribuimos una variedad de significados. Como Hodder apunta (2003: 73), estas ideas semióticas y estructuralistas nos conducen a la noción de que la cultura material tiene un significado que va más allá de sus propiedades físicas como objeto y que derivan del entramado social en el que ese objeto se halla

embebido. No sólo esto, sino que los objetos son usados activamente por los agentes de una cultura con el fin de tener un efecto concreto en el mundo social, intenciones y efectos que no siempre son comprendidos conscientemente o expresados discursivamente, y que crean una red de retroalimentación en la cual el objeto creado adquiere características de agente, pues reconstituye y refuerza la identidad de los sujetos que lo crearon en un proceso continuo de definición y redefinición que caracteriza toda vida social.

#### **DE EXPLICACIONES A INTERPRETACIONES; LA ESTRUCTURA Y LA MENTE UNIVERSAL**

Si la cultura material adquiría ese nuevo estatus activo dentro de la arqueología resulta comprensible que se pasase de buscar explicaciones a realizar interpretaciones. Tras un largo periodo en el que se veía con naturalidad el hecho de que cada nueva investigación aportaba nuevos datos con el fin de densificar nuestro conocimiento del pasado, se comenzó a tener en cuenta que las realidades pasadas no eran aprensibles de tal manera y que, como mucho, debíamos conformarnos con realizar un simple acercamiento, una interpretación de las mismas. Ya no era posible verter explicaciones sobre esa cultura material (al menos alguna que fuera más allá de un análisis formal o tipológico), sino que había llegado el momento de interpretarla en el marco de la cultura en que fue producida, había que leer la cultura material como si de un texto se tratara: asistimos a la aplicación de un enfoque hermenéutico en la arqueología.

El enfoque hermenéutico abría un nuevo horizonte de comprensión del pasado a la vez que acarrea no pocos problemas. La hermenéutica, con un nacimiento estrechamente vinculado a la exégesis bíblica, pone el acento en el lector, en el sujeto que interpreta,

es decir, se da a entender que el significado no reside en el objeto en sí mismo, sino en el modo en el que el lector conceptúa significativamente ese objeto (Hodder, 2003: 74); este hecho nos enfrenta a un círculo hermenéutico cuádruple (Shanks y Tilley, 1987: 103-115) o, como Criado lo ha llamado (2000: 279), a un juego con cuatro participantes: el registro arqueológico que representa a un determinado grupo del pasado, el sujeto que interpreta, el contexto subjetivo del intérprete y el propio horizonte cultural de ese registro. Esta realidad nos sitúa en un complejo entramado de subjetividades muy difícil de desenmarañar si tenemos como objetivo producir algún tipo de conocimiento válido sobre el pasado prehistórico.

Aplicar este método de análisis implica considerar cada cultura como una entidad particular que requiere un estudio concreto adaptado a sus propias especificidades (idea que ya defendía el particularismo histórico), pues da por hecho que cada sociedad se define por el conjunto de decisiones tomadas por los individuos que la conforman, y esas decisiones dependerán en gran medida de la subjetividad particular, individual, de sus miembros; subjetividad que, por otro lado, no tendría por qué responder a ningún patrón o esquema que pueda abstraerse y estudiarse independientemente, lo que convertiría a esa sociedad en única, original y, por lo tanto, no comparable en manera alguna a otras. En nuestra opinión, muchos de los investigadores que se han arriesgado a dar el salto aplicando la hermenéutica a la arqueología han cometido ciertos excesos, pues la solución ofrecida al problema de las subjetividades ha sido el uso de la fenomenología, dando con ello lugar a trabajos fuertemente especulativos, como si de juegos literarios se trataran. Si por el contrario pretendiésemos ofrecer estudios arqueológicos de corte hermenéutico que sean algo más que una narrativa, los úni-

cos campos accesibles serían la arqueología histórica o la etnoarqueología, ámbitos en los que el investigador dispone de otro tipo de recursos (principalmente el acceso al horizonte lingüístico del grupo) que permiten contrastar los datos arqueológicos, pero ese no es nuestro caso.

¿Nos queda alguna alternativa frente al subjetivismo postprocesual hermenéutico? Creemos que sí: una vuelta al positivismo. No defenderemos aquí la aplicación de un enfoque positivista clásico, pero sí otro menos acrítico y menos automático, más reflexionado y consciente del valor de lo subjetivo en nuestra investigación. Hemos llegado a esta posición porque pensamos que la arqueología postprocesual, con su fuerte carga anti-positivista, nos conduce a un escenario cuanto menos difícil, en el que la única opción que nos ofrece como arqueólogos es realizar interpretaciones de un pasado no reglado, siempre original, único e incomparable, haciendo ese cuádruple salto subjetivista (un verdadero leap of faith) y generando textos de escasa validez científica. Para superar ese inestable escenario proponemos esa revisión positivista que medie entre las explicaciones totalizadoras de los positivistas clásicos y las interpretaciones subjetivas de los postprocesuales, para permitir afianzar nuestros estudios alcanzando una “interpretación objetivable” como la que propone Criado para la Arqueología del Paisaje (Criado, 1999: 6-13; 2000: 289-290; 2006: 249) y eso será solamente posible adoptando ideas procedentes del estructuralismo, pues estamos convencidos de que la relación entre la cultura material –significante– y su significado no es completamente arbitraria, lo que nos permitiría, a través de aproximaciones contextuales, desentrañar los códigos o reglas usados en el ‘lenguaje’ de los objetos materiales (Hodder, 2003: 74-75), es decir, en cada cultura existe una compatibilidad estructural

entre códigos que ha de ser desvelada en la medida de lo posible.

Lévi-Strauss es considerado el padre del estructuralismo, pero esta corriente bebe de la obra de otros muchos pensadores, tales como de Saussure, Heidegger, Wittgenstein, Durkheim, Mauss, Radcliffe-Brown e incluso Freud (ver Fernández Martínez, 2000: 283-300). Todos ellos desde diferentes disciplinas (lingüística, antropología, sociología o psiquiatría) acertaron a explicar que el lenguaje, la sociedad o la psique están determinadas en su expresión externa por estructuras internas<sup>1</sup> que las definen y las condicionan, que tienen una lógica propia que es estudiable (objetivable) y que, además, esas estructuras son compartidas por toda la humanidad, éstas eran la lengua, el inconsciente o la mente. No es este el lugar en el que realizar un estudio profundo de las principales ideas que defiende el estructuralismo (ver Moragón, 2007), pero haremos uso de dos de ellas que tienen una especial validez para el estudio del pasado, éstas son: la propia noción de ‘estructura’ y el entendimiento del ‘espíritu humano’ como ‘mente universal’ (Lévi-Strauss, 1973: 22,; cit. en Criado, 2000: 281).

Siguiendo a Criado (2000: 280), entendemos que:

*“...el objetivo del programa estructuralista sería definir las estructuras de la cultura, que son también las estructuras de la mente humana, entendiendo ambas en un sentido tanto neurológico como filosófico, y que forman las determinaciones inconscientes que construyen la comprensión y la acción humana, y que (...) «hacen de nuestra libertad una ilusión alimentada por nuestra ignorancia» (véase Lévi-Strauss, 1967: 159) (...) estas estructuras culturales son los mecanismos que permiten la acción reflexiva. La función de las estructuras es la imposición de una forma a las ocurrencias de la vida”.*

Por otro lado, Giddens (2006: 53) propone que la estructura:

*“...aparece como algo «externo» a la acción humana, como una fuente de restricción impuesta a la libre iniciativa del sujeto independientemente constituido. Tal como se la conceptualiza en el pensamiento estructuralista y pos-estructuralista (...). Aquí en sustancia se la concibe no como un diseño de presencias sino como una intersección de presencia y ausencia; es preciso inferir códigos soterrados a partir de manifestaciones de superficie”.*

Lo que nos interesa de la idea de ‘estructura’ es que ésta determina al ser humano en sus acciones y, por consiguiente, en sus productos. Y son los productos materiales de los grupos humanos del pasado lo único que tenemos para realizar interpretaciones y acceder, finalmente, a la comprensión de cómo la estructura está funcionando, es decir, de cómo esa estructura, que es común, está creando pautas de racionalidad que son diferentes. Este aspecto es especialmente interesante para la arqueología, porque “una estructura existe, como presencia espacio-temporal, sólo en sus actualizaciones en esas prácticas” (Giddens, 2006: 54), es decir, la estructura no existe como algo independiente de la práctica (hay estructuras que funcionan prácticamente, como el *habitus*<sup>2</sup>) y para nuestro caso, esas prácticas (funerarias) nos ofrecen como resultado el registro arqueológico (funerario): ahí está la vinculación directa entre registro, práctica y estructura. Para reforzar esta idea y conseguir superar definitivamente aquello que criticábamos de los hermenéuticos debemos poner en juego otra idea puramente estructuralista, la de ‘mente universal’, entendiendo que:

*“... la mente es la capacidad innata y universal que los seres humanos tienen para crear*

*orden después de enfrentarse a un mundo exterior que, antes de la reflexión y el pensamiento, aparece ante los seres humanos como caótico y confuso. Este orden se produce a través de tres mecanismos o procedimientos fundamentales: la creación de concepciones duales o el principio de combinación binaria; la oposición o la capacidad de comparar dicotomías, convirtiendo los dos polos de una dualidad en elementos contrarios; y la clasificación, o la organización de diferente entidades de acuerdo con criterios convencionales y los valores creados de esta manera. Estos mecanismos constituyen cualidades lógicas y universales de la mente humana.” (Criado, 2000: 283).*

Una vez entendido que los mecanismos usados por la mente (no sus productos) son comunes a la humanidad y que esos mecanismos se expresan a través de estructuras que a pesar de no ser directamente observables sí son estudiables (objetivables) obtendremos un “modelo de funcionamiento constante de la mente que ofrecería un punto de arranque objetivo y positivo para la investigación arqueológica” (Criado, 2000: 290).

### **EL ÉNFASIS EN LA AGENCIA; Y LA ARQUEOLOGÍA SIMÉTRICA**

En los dos puntos anteriores ya aparece esbozada la tercera idea a la que queremos referirnos: el concepto de agencia o capacidad de acción<sup>3</sup> como es generalmente definida en su versión más simple. La idea de agencia en sí misma no es en absoluto novedosa: cuestiones como la auto-determinación, la voluntad o el deseo han sido contempladas en las ciencias sociales desde hace mucho tiempo, si bien lo cierto es que será a partir del siglo XIX y XX que se harán (no casualmente<sup>4</sup>) más recurrentes a través de la obra de autores como Marx, Weber, Durkheim o Parsons (Dobres y Robb, 2000b: 4-6; Dornan, 2002: 305), quienes propusieron su análisis desde

los estrechos márgenes que el normativismo y el funcionalismo permitían. Sin embargo, los que serán reconocidos como ‘padres de la teoría de la agencia’ y desde quienes se importará definitivamente hacia la arqueología serán los sociólogos Anthony Giddens y Pierre Bourdieu. Fueron ellos quienes gracias a su pensamiento lúcido y novedoso reformularon desde el postestructuralismo la teoría de la agencia proponiendo nuevas nociones bajo cuyo foco podía analizarse el comportamiento humano de un modo mucho más dinámico que el que se había venido haciendo. Ellos elaboraron ideas tales como la dualidad de la estructura, el concepto de habitus, la teoría de la práctica o la relación basculante entre estructura y estructuración. Su propuesta general es que “ante las reglas sociales existentes, la gente no se contenta con seguirlas pasivamente, sino que tiende a entenderlas y utilizarlas, a intervenirlas o estructurarlas, de forma creativa. Al obrar de este modo contribuye a reforzar, o alternativamente a transformar, la misma estructura (...)” (Johnson, 2000: 138; el énfasis es mío).

Pero no sólo ha de considerarse la agencia como un campo de acción social humano, sino que esa capacidad transformadora de la realidad está también contenida en los objetos y, como bien sabemos, son los objetos el medio fundamental que usamos los arqueólogos para acercarnos al conocimiento del pasado. Como se apuntó, la cultura material está cargada de significados que expresan realidades tanto conscientes como inconscientes de la identidad humana. Expresamos de una forma lógica a través de los objetos y su uso el modo en que comprendemos el mundo en que vivimos y la posición que ocupamos en él. Expresamos también quiénes somos a través de los objetos que nosotros creamos u otros crean (incluso desde el propio proceso de selección de materias primas y posterior elaboración), en los modos en los que los usa-

mos (rechazándolos o aceptándolos, vistiéndolos, conservándolos o destruyéndolos) e incluso en la selección y tratamiento que de ellos hacemos para que acompañen a nuestros muertos en sus sepulturas, creando, en definitiva, un sistema coherente de significados que se expresan a través de estos diferentes órdenes (ver Lemmonier, 1986). Este hecho dota a la cultura material de la capacidad de transmitir información y pasar a convertirse de un mero objeto de uso a un sujeto social con el que se interactúa. Este enfoque fue inicialmente defendido por el sociólogo Norbert Elias (Elias, 1990a [1983]: 70; cit. en Hernando, 2007a: 314-315), quien, en una línea semejante a la elaborada por Annales (Burguière, 1982), subrayó la equivalencia ontológica entre personas y objetos. Esta idea fue posteriormente retomada y ampliada por la Actor-Network-Theory (o Teoría del Actor-Red) cuyo principal representante es Bruno Latour (1998) y que en arqueología se ha reconvertido hacia la llamada ‘Arqueología Simétrica’ (González-Ruibal, 2007), llamada así porque entiende que existe una relación simétrica entre objetos y seres humanos, lo que no deja de ser, como apuntó Hernando (2007: 314) una vuelta hacia ciertas posturas estructuralistas por parte de la arqueología postprocesual pero, eso sí, prestando una especial atención a los objetos. Esta postura vendría a confirmar que cualquier cosa podría convertirse en actor (o actante, como ellos lo llaman) y ser incluido en una red de relaciones sociales (Olsen, 2003: 98) que se configura y reconfigura en las relaciones que actores humanos y no humanos establecen entre sí. Por eso consideraremos que la cultura material no solo porta y expresa identidades colectivas o individuales, sino que constituye, reforzando o transformando, según el caso, esas identidades.

## CONCLUSIÓN

En este trabajo hemos traído a colación ciertos conceptos propuestos por las últimas corrientes teóricas en arqueología para, planteando una visión crítica de los mismos, tratar de elaborar un marco teórico bajo el que poder imaginar a las gentes de la Prehistoria, así como las relaciones que establecían entre ellas y con los objetos que nosotros estudiamos.

En resumen podríamos afirmar que la aportación de la Nueva Arqueología primero, pero sobre todo de la Arqueología Postprocesual después fue fundamental para renovar el campo arqueológico existente, el cual, como la propia sociedad, estaba necesitado de nuevas preguntas y nuevas actitudes que revitalizasen las posibilidades que el registro arqueológico podía ofrecer. Sin embargo, no nos parece interesante aplicar las ideas postprocesuales al registro arqueológico de la protohistoria, pues hoy en día, desde esta perspectiva se están defendiendo posturas que no consideramos válidas (ver González-Ruibal, 2006). Entre ellas, estamos asistiendo a la aplicación de enfoques estrictamente fenomenológicos que nos conducen a investigaciones puramente subjetivas y subjetivistas; una aplicación extrema de la agencia ha llevado a reconocer ‘individuos’ en cualquier momento de la Prehistoria (cfr. Hernando, 2003); o se ha creído que los enfoques narrativos solicitaban la invención de argumentos y personajes que ilustrasen la Prehistoria (ver, por ejemplo, Joyce, 1994; Meskell, 1998; Spector, 1999; Hodder, 2000; Knapp y van Dommelen, 2008).

Para tratar de evitar semejante problemática hemos creído oportuno importar ciertas ideas de la corriente postestructuralista (la propia idea de estructura y la de mente universal) así como de la Arqueología Simétrica (la equivalencia ontológica entre personas y cosas).

Gracias a este marco teórico podremos, tal y como afirma González-Ruibal (2006), hacer una arqueología comprensible y que no sea tachada de mera (y mala) literatura.

## AGRADECIMIENTOS

Esta investigación se ha llevado a cabo gracias a la financiación provista por una beca FPU del Ministerio de Ciencia e Innovación y se enmarca dentro del proyecto “Comportamiento funerario e identidades sociales en la prehistoria peninsular”, dirigido por Sandra Montón de la Universitat Pompeu Fabra y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (Ref. HAR2009-08666). El texto fue revisado por Almudena Hernando y Alfredo González-Ruibal, a quienes debo mi más profundo agradecimiento. Cualquier error o responsabilidad sobre el contenido de las ideas aquí expresadas es absolutamente mía.

## BIBLIOGRAFÍA

**BINFORD, L. R. (1962):** Archaeology as Anthropology, *American Antiquity*, 28(2), 217-225.

**BOURDIEU, P. (2008):** *El sentido práctico*, Salamanca: Siglo XXI.

**BURGUIÈRE, A. (1982):** The Fate of the History of Mentalités in the Annales, *Comparative Studies in Society and History*, 24(3), 424-437.

**CALDWELL, J. R. (1959):** The New American Archaeology, *Science*, 129(3345), 303-307.

**CONKEY, M.W. y SPECTOR, J.F. (1984):** Archaeology and the Study of gender, *Advances in Archaeological Method and Theory*, 7, 1-38.

**CRiado, F. (1999):** Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Ar-

queología del Paisaje, *CAPA: cadernos de arqueología e patrimonio*, 6, 1-82.

**CRIADO, F. (2000):** Walking about Lévi-Strauss. Contributions to an Archaeology of Thought, en HOLTORF, C. y KARLSON, H. (eds), *Philosophy and Archaeological Practice. Perspectives for the 21st Century*, (pp. 277-303), Göteborg: Bricoleur Press.

**CRIADO, F. (2006):** ¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación, *Complutum*, 17, 247-253.

**DOBRES, M-A. y ROBB, J. E. (Ed.) (2000a):** *Agency in Archaeology*, London: Routledge.

**DOBRES, M-A. y ROBB, J. E. (2000b):** Agency in archaeology. Paradigm or platitude?, en DOBRES, M-A. y ROBB, J. E. (eds.), *Agency in Archaeology*, (pp. 3-17), London: Routledge.

**DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M. (2008):** Arqueología neo-procesual: 'Alive and kicking'. Algunas reflexiones desde el Paleolítico, *Complutum*, 19(1), 195-204.

**DORNAN, J. (2002):** Agency and Archaeology: Past, Present and Future Directions, *Journal of Archaeological Method and Theory* 9(4), 303-329.

**DOWSON, T. A. (2000):** Why queer archaeology? An introduction, *World Archaeology*, 32(2), 161-165.

**ELIAS, N. (1990) [1983]:** *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona: Península.

**ELIAS, N. (1993):** *El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

**FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2000) [1989]:** *Teoría y método de la Arqueología*, Madrid: Síntesis.

**GIDDENS, A. (2006) [1984]:** *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu.

**GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2006):** Experiencia, Narración, Personas: Elementos para una arqueología comprensible, *Complutum*, 17, 235-246.

**GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (ed.) (2007):** Arqueología Simétrica: Un giro teórico sin revolución paradigmática, *Complutum*, 18, 283-319.

**GOSDEN, Ch. (2001):** Postcolonial Archaeology: Issues of Culture, Identity, and Knowledge, en HODDER, I. (ed.), *Archaeological Theory Today*, (pp. 241-261), Cambridge: Polity Press.

**HERNANDO, A. (2000):** Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción socio-cultural, en HERNANDO, A. (ed.), *La construcción de la subjetividad femenina*, (pp. 101-142), Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.

**HERNANDO, A. (2003):** En la Prehistoria no vivieron "individuos". Sobre los problemas de aplicación de la Teoría de la Acción a las sociedades prehistóricas, *Era-Arqueología*, 6, 84-99.

**HERNANDO, A. (2007):** Comentario a la Arqueología Simétrica, *Complutum*, 18, 314-315.

**HODDER, I. (1982):** *Symbols in action: eth-*

*noarchaeological studies of material culture*, Cambridge: University Press.

**HODDER, I. (2000):** Agency and individuals in long-term processes, en DOBRES, M-A. y ROBB, J. E. (eds.), *Agency in Archaeology*, (pp. 21-33), London: Routledge.

**HODDER, I. (2003):** *Archaeology beyond dialogue*, Salt Lake City: Foundation of archaeological inquiry, The University of Utah Press.

**JOHNSON, M. (2000):** *Teoría arqueológica. Una introducción*. Madrid: Akal.

**JOYCE, R. (1994):** Dorothy Hughes Pope: Eve in an Archaeological Garden, en CLAASEN, C. (ed.), *Women in Archaeology*, (pp. 51-66), Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

**KNAPP, A. B. y VAN DOMMELEN, P. (2008):** Past practices: rethinking individuals and agents in archaeology, *Cambridge Archaeological Journal*, 18(1), 15-34.

**LATOUR, B. (1998):** La tecnología es la sociedad hecha para que dure, en DOMÉNECH, M y TIRADO, F. (eds.), *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, (pp. 109-142), Barcelona: Gedisa.

**LEMMONIER, P. (1986):** The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems, *Journal of Anthropological Archaeology*, 5, 147-186.

**LÉVI-STRAUSS, C. (1973):** *Antropología estructural*, Buenos Aires: Eudeba.

**MESKELL, L. (1998):** Intimate archaeologies: the case of Kha and Merit, *World Archaeology*, 29, 363-379.

**MORAGÓN, L. (2007):** Estructuralismo y Post-estructuralismo en Arqueología, Arqueoweb. Revista sobre arqueología en Internet, 9(1). Obtenida el 31 de mayo de 2010, [http://www.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/9\\_1/estructuralismoyposestructuralismo.pdf](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/9_1/estructuralismoyposestructuralismo.pdf)

**OLSEN, B. (2003):** Material culture after text: re-membering things, *Norwegian Archaeological Review*, 36(2), 87-104.

**SAID, E. W. (2003) [1978]:** *Orientalismo*, Barcelona: Debolsillo.

**SHANKS, M., y TILLEY, C. (1987):** *Reconstructing archaeology*, Cambridge: University Press.

**SPECTOR, J. D. (1999):** ¿Qué significa este punzón?: hacia una arqueología feminista, en COLOMER, L. et al. (eds.), *Arqueología y teoría feminista: estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, (pp. 233-256), Barcelona: Icaria, Antrazyt.

**STOLER, A. (1989):** Rethinking colonial categories: European communities and the boundaries of rule, *Comparative Studies in Society and History*, 31, 134-161.

**VAN DOMMELEN, P. (1997):** Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean, *World Archaeology*, 28(3), 305-323.

**WATSON, P. J. (1979):** *Archaeological Ethnology in Western Iran*, Tucson: University of Arizona Press.

NOTES

<sup>1</sup> Por internas se referían principalmente a inconscientes, mecánicas y no directamente observables.

<sup>2</sup> La definición de habitus, según Bourdieu es: “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (Bourdieu, 2008: 86).

<sup>3</sup> El término agency se ha convertido en un asunto espinoso en la arqueología por no responder a un único significado. La falta de claridad en torno a este tema ha hecho que cada investigador haya ido creando definiciones ad hoc del concepto. Para una visión general del tema es imprescindible consultar la monografía editada por Dobres y Robb (2000a) y para un cuadro sinóptico de definiciones, el artículo con el que los dos autores abren la monografía (Dobres y Robb, 2000b: 9).

<sup>4</sup> Será a partir del siglo XIX cuando el proceso de individualización sufra un despegue imparable en el mundo occidental. Puesto que una identidad individualizada se fundamenta principalmente en el reconocimiento de los propios deseos (Hernando, 2000), este proceso traerá como correlato lógico directo ese no casual énfasis en la agencia. Sobre la génesis de esas identidades individualizadas en Europa, véase Elias (1993).